

## CAPÍTULO VII

GINEBRA Y CALVINO

La reaccion que señalaba el concilio de Trento, esa reaccion hácia el absolutismo pontificio, encontraba su contraste y su protesta en uno de los sitios que debe mirar con mas agradecimiento el género humano, por las ideas que ha sembrado y por las causas que ha sostenido, en el sitio donde se levanta la ciudad de Ginebra. Parece imposible; pero es cierto: sin territorio, sin defensa, amenazada de Francia, oprimida por Saboya, con ligas feudales en torno de sus muros, con obispos soberanos dentro de su recinto, mirada de mal ojo por el Imperio, repulsiva por sus ruidosas libertades al Pontificado, como si solo viviera para las ideas y por las ideas, sálvase del tropel de sus enemigos por la muralla espiritual que la circuia y le daba la grandeza de un seguro inexpugnable á la nueva idea, por la muralla espiritual de sus sacrosantos derechos. Al pié de los Alpes, á la entrada de uno de los mas bellos lagos del mundo, en el lugar donde se juntan las vías de Suiza, Italia y Francia; Ginebra se reservó el ministerio providencial de grandiosa escuela para los revolucionarios, y cumpliendo el ministerio que se reservara, unió el Cristianismo con la República, dando sus heróicos mendigos á los Países Bajos, sus puritanos á Inglaterra, sus presbiterianos á Escocia, sus peregrinos á América, su alma entera y total á la moderna democracia. Hermosa es allí la naturaleza: las aguas del Lema brillan con colores que recuerdan los matices del Mediterráneo; las verdes colinas rodeadas por oscuros bosques de pinos y melezos alzan allá en sus cumbres, junto á los apriscos del ganado, las quintas, jardines y florestas de la fortuna y del

placer; en el hondo valle abierto entre el Jura y los Alpes se despeña bramando el Ródano, cuyas verdes aguas, recamadas de ligeras espumas, dan á los ojos y á los oídos un jubiloso regocijo, contrastando con la serenidad y la blancura de las altísimas pirámides de nieve erigidas como colosales diamantes en las altas cordilleras, las cuales á su vez semejan á gigantescas amatistas por su color violáceo, paisaje que constituye uno de los mas extraños y mas sublimes paisajes de nuestro hermosísimo planeta.

Y el lado espiritual de Ginebra merece mayor admiracion todavía. Así un breve punto en la tierra luce como si fuera un sol del cielo en la historia. La concentracion de las ideas en aquel foco á manera de la concentracion de los rayos solares en el espejo ustorio, ha encendido y animado el corazón de la humanidad que le debe esos pueblos libres, parecidos á oasis, y esos dias creadores parecidos al Génesis. Lo mas extraño es que pudiera conservar sus libertades llegando hasta nuestros dias con su carácter de república, rodeada de tantos y tan feroces enemigos, tímida paloma, que logra esquivarse á una bandada horrible de voraces milanos. Diríase que de su parte estuvo el cielo preservándola de asechanzas para que pudiese con su Iglesia educar las repúblicas de Inglaterra, de Holanda, de Suiza, de América, y con el Contrato social escrito por el mas ilustre de sus hijos despertar la república en el seno de la cercana y enemiga Francia.

Pasmosa historia en verdad la historia de las libertades ginebrinas. Varios elementos componen la ciudad y persisten por largos siglos en su historia. Desde luego resalta el elemento galo. Ginebra es el último límite de los alobrogos. Sobre tal elemento elevase el elemento romano. Julio César eligió la residencia de Ginebra como habitacion de un gran número de clientes suyos constituidos en colonos. Y un siglo antes que César, Fabio Máximo habia pasado por aquel lugar y conseguido por sus victorias el nombre de alobrogo. Mas tarde al elemento galo-romano se adhirió el elemento germánico. Los burgundos venidos de las regiones del Oder y del Vístula, transformados por su facilidad en cambiar las ideas de idólatras en católicos, uniendo al sentimiento natural de independencia imbuido por la sangre que circulaba en sus venas la cultura cristiana, entraron por las orillas del Lema y pusieron sus reales en la desembocadura del Ródano. Aun he visto yo, en

los museos ginebrinos, la histórica lápida que señalaba la existencia del palacio donde vivió su Rey Gundevado. Como si el espíritu de la historia quisiese dar de antiguo un ministerio histórico á ciertas regiones, Ginebra, llamada providencialmente á ejercer tanto influjo sobre Francia, envió desde el palacio de su Rey á la célebre princesa Clotilde al tálamo del Rey de los francos Clodoveo, el cual recibió la idea católica mas bien del amor inspirado por su esposa que del bautismo sacerdotal. Sobre la raza de los alobrogos, la conquista de los romanos y la irrupcion de los burgundos se calcó la histórica y secular complexion de Ginebra.

Municipio rural Ginebra en tiempo de la conquista romana, ciudad ya en los últimos tiempos del Imperio, recibió libertades mezcladas con el feudalismo, no tanto de tal ó cual señor, como quieren sus tradiciones, sino de la misma difícilísima situacion que ocupaba en el campo de todas las batallas y en la encrucijada de todas las conquistas. Las ciudades de difícil defensa, expuestas á irrupciones continuas, compensaban sus peligros con sus derechos. Lo cierto es que, ora tuviese Ginebra para su direccion y regimiento condes laicos y feudales, ora tuviese feudales príncipes eclesiásticos, unida en tal período á Francia y en tal otro por Saboya opresa, conservaba siempre allá en su fondo un conjunto maravilloso de libertades cuyos albores no puede señalar con precision la historia, porque se confunden casi con los comienzos de su vida. En la Edad media, el derecho no proviene de la naturaleza del hombre, proviene del espacio. No se cree que deba el individuo ser libre por las facultades congénitas á su alma, sino por el lugar donde se ha mecido su cuna. Las libertades toman, pues, formas de privilegios, y los lugares privilegiados para los horrores de la guerra tambien resultan privilegiados para las dulzuras de la libertad. No pueden conservarse incólumes tales ó cuales puntos de territorio sino escudados por los heróicos pechos de sus hijos y solo dan alientos para el combate los aires vivificadores de la libertad. Ginebra, pues, aparece de antiguo bajo este ú otro régimen, con esta ú otra forma, como una ciudad completamente libre segun los grados que el espíritu de cada tiempo y la naturaleza de cada lugar permite á la libertad.

A fines del siglo undécimo aparece ya un señor á quien Pedro el Venera-

ble llamaba en su libro segundo de *Miraculis Comis Genevensium*. Estos condes fundan allí el régimen feudal. Aislados en sus castillos como las águilas en los picachos de las montañas, solo pueden salir de ellos para el combate continuo á que los constriñe por fuerza el estado natural de aquella sociedad, el estado de guerra y de conquista. La torre del homenaje, los triples muros, los hondos fosos, las altas cimas coronadas de guerreros, los puentes levadizos, difunden sus sombras feudales sobre las chozas donde los siervos aguardan ó el grito del halconero que los lleva como perros á la caza, ó la sombra del pendon que los lleva como tigres á la matanza. Mas frente á frente del poder laico de tales señores debia levantarse por necesidad el poder moral y religioso de otros señores no menos indispensables á la sociedad de su tiempo, el poder de los obispos. Así como la Edad media no concebía los derechos á la libertad sino ligados como las raíces del árbol á la tierra, no concebía tampoco la autoridad moral sino ligada necesariamente á la autoridad coercitiva y política. Para dirigir muchas almas necesitaba un prelado tener muchas tierras. No bastaba, no, á los ojos de aquella grosera gente con el ministerio religioso y espiritual, necesitaban verlo confirmado por un poder exterior y servido por una fuerza militar. Todo príncipe de la Iglesia gozaba entonces, además de las preeminencias espirituales, alguna jurisdiccion civil y criminal. Ministerio de idea el suyo, mucho mas ligado con la ciencia que el violento ministerio militar, tenia naturalmente el predominio que tendrá siempre la inteligencia sobre la fuerza. De consiguiente, nada mas fácil que vencer y superar con las ideas á las espadas. De igual suerte que los Papas domaron á las tribus bárbaras y sometieron á los caudillos porque la fuerza busca siempre la idea, los obispos de Ginebra sometieron los condes á su autoridad y predominio. Nada, pues, debe maravillarnos que allá en 1124 Aimon, conde feudal de los ginebrinos, entregara de grado la ciudad á Humberto de Gantmond su príncipe. Pero este principado eclesiástico no podia realmente prosperar sino apoyándose como en su base natural en los ciudadanos; y estos ciudadanos á su vez no podían prestarle ningun apoyo, sino á cambio de una conservacion segura y firme de sus antiguas libertades. Cualquiera que dominase á Ginebra tenia que combatir con elementos circunvecinos de un gran vigor y de una gran pujanza.

Entre estos elementos ninguno como el ducado de Saboya. Jefe por los empeños de la fuerza y por el concurso de las circunstancias el Duque de numerosos caballeros feudales, habia llegado á constituir una poderosa monarquía que se dilataba por las faldas y laderas de los Alpes, mirando siempre con codicia el territorio descubierto desde tan elevadas eminencias. En virtud de este instinto carnívor, semejante al instinto del lobo en las cavernas, del águila en las cumbres, la monarquía feudal de Saboya se dilató por las orillas del Lema y circuyó la ciudad libre como una serpiente puede circuir con sus terribles anillos, la vivienda indefensa donde anidan las aves de los cielos. Ofrecíanle tentadoras coyunturas para lograr este fin, los tres poderes rivales de Ginebra, el poder de sus condes, el poder de sus obispos y el poder de sus ciudadanos. Nada mas fácil que penetrar dentro de aquella rivalidad eterna con la doblez y dominarla por la fuerza. En el siglo décimotercio un príncipe de Saboya, hijo menor del Duque saboyano, llegó á ponerse á la cabeza del cabildo ginebrino. En tal situacion Preboste de los canónigos, estudió y comprendió las ventajas que tendria para su ducado y para su familia la posesion de Ginebra. Pedro de Saboya se llamaba el codicioso canónigo. Por uno de aquellos cambios frecuentes en el movable terreno social de la Edad media, el canónigo, manso y piadosísimo, se convirtió bien pronto en guerrero voraz. Una corona feudal borró su corona eclesiástica. La mano que asia el cáliz, empuñó el cetro y el sable. A las oraciones y á los rezos, sucedieron los saqueos y las matanzas. Una condesa de régia sangre, no tiene inconveniente ni escrúpulo en compartir con él un lecho sacrílego. Un rey de Inglaterra lo hace conde de Richmont y lo llama con empeño á su lado. La presencia en Inglaterra le inspira ideas de organizacion política, las cuales, al par que educan su entendimiento, despiertan su ambicion. Pedro deja el Támesis por el Ródano y toma el castillo de Ginebra sin poder tomar la indómita ciudad de aquellos libres ciudadanos. Elevado de estatura, hercúleo de miembros, fuerte como las rocas donde se ha criado, sanguinario como la guerra feudal, su ocupacion continua, dotado de ese prestigio del héroe que improvisa en torno suyo un ejército y con el ejército funda un gobierno militar y señorial, con un pié dentro de Ginebra por la posesion de su fortaleza, con un reino á su espalda por los orígenes de su familia, con caballeros

feudales por aliados y gentes de aventuras por auxiliares, indudablemente hubiera mil veces vencido á la pequeña República, disgustada con sus obispos, de no tener los republicanos aquella consumada maestría y aquel arte político que tan fácilmente se aprende y se conserva en los saludables ejercicios de la libertad. Temieron los ginebrinos con fundamento empeorar su situacion al cambio de estado y rechazaron las ofertas de quien se proponia sustituir y reemplazar al antiguo príncipe eclesiástico. Así, Pedro se retiró de empresa tanta en su castillo de Chillon cercano á la inmensa laguna, y desde el cual descendia con frecuencia y acompañado de brillantísima corte á las riberas para embarcarse rodeado de damas que componian armoniosos coros y de trovadores que recitaban no menos armoniosos versos, y contemplar las gotas de colores que despedian los remos y las facetas de las néveas pirámides que se alzaban en los límites orientales de aquellos espléndidos horizontes.

La idea de adquirir Ginebra quedó vinculada en la dinastía de Saboya como la sucesion y la herencia de sus príncipes. Nuevas generaciones vinieron y todas ellas conservaron aquel legado de ambiciones al par del legado de privilegios. Cuatro lustros despues de la muerte de Pedro trascurrieron; y sus hazañas guardadas como una leyenda sacra en el seno de la familia ducal se reprodujeron por Amadeo V, nuevo sitiador de las libertades ginebrinas. Dieron pábulo á esta reproduccion las divisiones del cabildo catedral y los recelos de sus enemigos eclesiásticos, los cuales, despues de la temeridad con que votaron contra sus proyectos, retrocedieron espantados á una de su propia obra y se asilaron en el castillo que se levantaba en medio del Ródano provocando las iras del castillo que se levantaba en la montaña y sobre la ciudad, decidido por Amadeo V, y contra el cual no habia medio alguno de resistencia y defensa. Así, el asilo de los frailes cayó en poder de los soldados del Duque y los canónigos contrarios á los Saboyas se dispersaron por ensalmo dejando entregada la ciudad á las ambiciones ducales. Cebáranse aquestas en la ilustre víctima, de no tener la legion de sus libres ciudadanos y el tesoro de su tradicional política republicana. Fácil para un déspota dispersar á un cabildo; imposible dispersar á un pueblo que quisiese á toda costa la conservacion de sus derechos. El Duque tiró á la política vulgar en los que